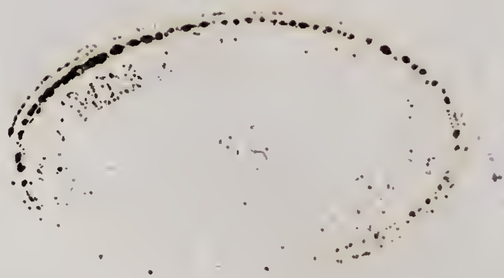


LA SOLTERONA,

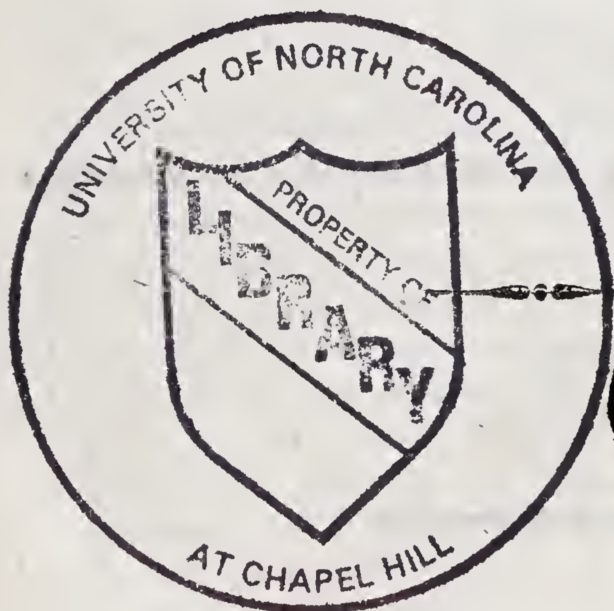
COMEDIA

EN UN ACTO,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

Por D. J. Varela,

Y representada por primera vez en el teatro del Príncipe
la noche del jueves 31 de enero de 1839.

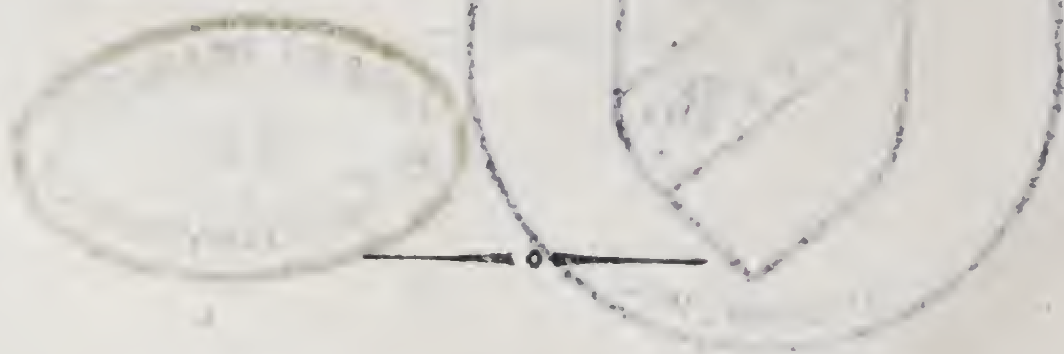




MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1839.

PERSONAS.	ACTORES.
D. CLAUDIO GIL (sesenta años).	*D. Luis Fabiani.*
LEONOR, *su sobrina* (mas de veinte y cinco).	*D.ª Bárbara Lamadrid.*
D. SEBASTIAN CUADRADO, *propietario* (treinta y seis).	*D. José Garcia Luna.*
D. LUIS DE CÁRDENAS (veinte y tres).	*D. Florencio Romea.*
LUISA (diez y seis).	*D.ª Teodora Lamadrid.*

La escena es en una casa de huéspedes en los baños de Carratraca.



ACTO ÚNICO.

Una sala medianamente adornada. Al foro una puerta y dos ventanas que dan á un jardin. A la derecha dos puertas, y una á la izquierda. En el primer término una mesa con lo necesario para escribir. La primera puerta de la derecha es de un gabinete sin salida.

ESCENA PRIMERA.

LUISA; *despues* D. CLAUDIO.

(*Al levantarse el telon aparece Luisa llamando á la puerta izquierda.*)

Luisa. No responde!... Habrá salido de paseo.... Ah! Aqui está el señor D. Claudio.

D. Claud. (*Entrando con apariencias de muy cansado, y arrojándose en un sillon.*) Estoy molido; no puedo mas. Esta Leonor quiere asesinarme.

Luisa. Tenga usted muy buenos dias, señor D. Claudio.

D. Claud. Muy buenos, Luisita.

Luisa. Está usted muy cansado, á lo que parece.

D. Claud. Estoy muerto. Me han hecho andar dos leguas sin almorzar, y todo para ver una cosa que nada tiene que ver: el nacimiento de un riachuelo que nace como todos los demas de una fuente al pie de un monte. Se acabó; ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aqui; y hoy mismo, diga Leonor lo que quiera, nos volvemos á Antequera.

Luisa. Pues cómo; si aun no se ha dado usted quince baños?

D. Claud. Y quién le ha dicho á usted que yo necesito bañarme? He venido aqui por complacer á Leonor; y por complacerla tambien he aparentado creer que me harian provecho los baños, cuando me ha-

cian tanta falta como volverme moro. (*Se levanta.*)

Luisa. Qué lástima! La amistad que su señora de usted me profesa era mi único consuelo en la vida solitaria que llevamos mi madre y yo. Todas las mañanas, cuando no iban ustedes de paseo, venia yo á hablar con ella; le contaba mis penas y oia sus consejos, que me los daba con tanta amabilidad y gracia....

D. Claud. Ya; y no es usted la sola persona á quien gusta la amabilidad de mi muger; hay un sin número de barbilampiños que sin cesar la rodean, en tanto que yo la sigo hecho un azacan y sin descansar un instante, del paseo al baile, del baile al concierto, y del concierto al infierno, porque solo el diablo puede haber inventado esos malditos paseos á caballo que llaman cavalgatas, de los que me obligan esos asesinos á formar parte. Ayer, sin ir mas lejos, me hicieron montar un animalito, cuyo paso castellano y apacible genio me ponderaron; y el resultado fue que echó á correr sin poderlo yo contener y dió con mi cuerpo en un trigo; en lo que al menos tuve fortuna, porque ya me contaba rodar por un despeñadero.

Luisa. No sabrá usted tenerse á caballo?

D. Claud. No; pero sé caerme muy bien, y no me acomoda repetir la gracia muchas veces. Ya conocerá usted que no puedo vivir asi, y que necesito tomar una resolucion. Por lo tanto hágame usted el favor de decir á su mamá que se sirva enviarme la cuenta del alquiler de la habitacion.

Luisa. Con que no hay remedio?

D. Claud. Ninguno; esta misma tarde nos ponemos en camino.

Luisa. Pues entonces voy á prevenírselo á mamá. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

D. CLAUDIO.

Todavia no viene Leonor; ni siquiera se acuerda de que yo existo. (*Se acerca al foro.*) Alli está en me-

dio de una turba de mequetrefes, haciendo á todos cara. Ay! ay! ay! Esto no puede acabar bien.... Vamos, gracias á Dios que ya viene hácia aqui con D. Luisito y D. Sebastian.

ESCENA III.

Dicho, LEONOR, D. LUIS, D. SEBASTIAN.

Leon. Magnífico paseo hemos dado! Qué delicioso está el campo por la madrugada! Yo no me he cansado nada.
D. Claud. Pues yo estoy molido y rabiando de hambre.
Leon. Jesus qué hombre! Siempre se está quejando!
D. Luis. Pues si ustedes quieren iremos despues del almuerzo á ver la cascada.
Leon. Ah, sí; iremos, iremos.
D. Sebast. Pero como el señor D. Claudio está tan cansado....
D. Claud. Uf!
D. Sebast. Seria mejor dejarlo para otro dia, porque acaso tanto andar no le haga provecho....
Leon. Qué? Ni por pienso: los médicos le han mandado que haga mucho ejercicio.
D. Sebast. Y ademas el camino de la cascada es muy escabroso, hay que pasar dos ó tres puentes de malas tablas, y andar lo menos un cuarto de legua al través de rocas, precipicios y barrancos.
Leon. Tanto mejor; mientras mas riesgos y trabajo cuesta alcanzar una cosa, tanto mas gusta luego.
D. Sebast. Ya suponia yo que no habian de arredrar á usted los peligros, porque he observado que les sale al encuentro; pero no sucede lo mismo á su marido....
D. Luis. Ya, pero hay otro camino que yo sé, y en el cual no hay riesgo ninguno.
D. Sebast. Mas que la oscuridad: tambien yo lo conozco; se pasa por un bosque sombrío, y el señor D. Claudio que no ve muy bien....
D. Luis. (*Aparte.*) Maldita sea tu casta!
D. Sebast. Un tropezon á su edad podria tener muy malas consecuencias.

Leon. Caballero, mi marido no necesita intérprete ni defensor.

D. Claud. Es claro; y para probarlo digo que no iremos á ver la cascada. Sin embargo, como á mi muger le agrada pasear, quiero proporcionarla este gusto, y para ello esta misma tarde emprendemos nuestro viage á Antequera.

D. Luis. (*Aparte.*) Cielos!

D. Sebast. (*Aparte.*) Se marcha!... Al cabo, mas vale asi.

Leon. Vamos, déjate de chanzas.

D. Claud. Hablo con la mayor seriedad.

D. Sebast. Hace usted muy bien. Entiendo algo de medicina, y he observado que le sientan á usted mal los aires de este pueblo.

Leon. Pero eso de marchar asi de repente y sin ningun motivo.... Vaya, no puede ser.

D. Claud. Pues sin embargo será.

Leon. Eso es un capricho; una gana de querer incomodarme.

D. Luis. (*Acercándose á Leonor.*) Tiene usted razon.

D. Sebast. (*Bajo á D. Claudio, y mirando á los otros dos.*) No ceda usted.

D. Claud. Ahorremos palabras inútiles. Asi lo he resuelto, y basta. Ola!

D. Luis. (*Aparte.*) Pobre Leonor, cuán desgraciada es!

D. Sebast. Supuesto que es cosa decidida, me marcho, para que puedan ustedes hacer los preparativos con toda libertad, y volveré mas tarde á hacer mi visita de despedida.

D. Luis. Yo vendré luego á traer á usted el Album.

Leon. Cuando usted guste, señor D. Luis; pero aun no nos hemos marchado.

D. Claud. No tardará mucho.

Luisa. (*Entrando y dirigiéndose á D. Claudio.*) Señor D. Claudio, aqui tiene usted lo que pidió.

D. Luis. (*Aparte.*) Luisa aqui!

D. Claud. Muy bien: salgo al momento. Señores, hasta luego.

D. Luis y D. Sebast. Hasta luego. (*Vase D. Claudio por la derecha, y lo otros dos por el foro.*)

ESCENA IV.

LEONOR, LUISA.

Luisa. Con que nos dejan ustedes?

Leon. Se le ha puesto en la cabeza á mi marido!... pero acaso lograré convencerle.

Luisa. Ah! sí; hágalo usted por Dios, pues ahora mas que nunca necesito que me aconseje y me guie.

Leon. Pues cómo? Qué le ha sucedido á usted? Tiene usted algun pesar?

Luisa. Sí señora; uno y muy grande.

Leon. Cuál?

Luisa. Que creo que quieren casarme.

Leon. Y no es otra cosa? Me habia usted asustado.

Luisa. Pues qué le parece á usted poco?

Leon. Toma, otras en su lugar de usted estarian locas de contento.

Luisa. Pues yo quisiera mas bien quedarme soltera toda mi vida....

Leon. Jesus! no sabe usted lo que se dice, ni lo que es llegar á cierta edad sin casarse.

Luisa. Debe ser cosa triste; pero aun es peor casarse con D. Sebastian Cuadrado.

Leon. D. Sebastian! Con que ese es el novio?

Luisa. No señora; sino que es pariente lejano de mi madre, y tiene un pleito con nosotras acerca de una herencia.

Leon. Entre parientes eso es lo comun.

Luisa. Vino á ver á mi madre para hablar del pleito y de sus resultas creo que se trata de transigir por medio de mi casamiento con él. Dice mi madre que es hacer un tratado de paz.

Leon. Y á lo que veo, usted preferiria una declaracion de guerra.

Luisa. Por supuesto. Aun no hay nada arreglado, porque D. Sebastian no ha formalizado su proposicion; pero estoy segura de que mi madre la recibirá con sumo gusto, porque el pariente es muy rico y querrá á la fuerza que me case con él. Aunque yo resista, todos se pondrán contra mí, y al cabo....

Leon. Al cabo consentirá usted, porque todas hacemos lo mismo, y hará bien. D. Sebastian no es mal mozo, y si no tiene gran talento, al cabo posee un buen caudal.

Luisa. Ya! pero tiene treinta y seis años, y yo diez y seis.

Leon. Esa razon no carece de fuerza; pero si no tiene usted otras no es de gran peso.

Luisa. Otra!... Tengo otra, sí señora; pero nunca se la diré á nadie.

Leon. A nadie mas que á mí, que soy su amiga de usted y su confidenta. Y quién sabe? Acaso podré hacer algo por usted.

Luisa. De veras? Pues entonces.... pero....

Leon. Vamos, yo la ayudaré á usted. Hay un joven, buen mozo, elegante....

Luisa. Sí señora, sí; pero es un ingrato, un veleta. Voy á contárselo á usted todo, aunque la historia es algo larga. Es casi una novela.

Leon. No importa; yo me muero por las novelas, y mientras mas tomos tienen mas me gustan.

Luisa. Pues señor, ha de saber usted, que el año pasado....

ESCENA V.

Dichas, D. CLAUDIO.

D. Claud. Luisita, me hará usted el favor de dar esto á su madre. (*La entrega un papel con dinero.*)

Leon. Bien, bien, déjanos. Acabas de interrumpir una coversacion que me interesaba mucho.

D. Claud. Lo siento en estremo; pero ahora no pueden ustedes seguirla: el almuerzo nos espera, y hay ademas que disponer lo necesario para el viage.

Leon. Con que todavia insistes en eso?

D. Claud. Todavia.

Luisa. Voy, pues, á llevar esto á mamá.

Leon. Qué lástima! Adios, Luisa....

Luisa. No me despido.... (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI.

D. CLAUDIO. LEONOR.

Leon. Supuesto, tio, que ya estamos solos, se me figura que lograré hacer que usted se convenza y atienda á razones.

D. Claud. Sobrina, toda razon es inútil porque ninguna escucho, ni atiendo á nada mas que á volverme inmediatamente á Antequera, en donde me esperan con ansia las flores y hortalizas de mi jardin, mis tercios de mediator, y sobre todo la blanda silla poltrona en que despunto el sueño despues de comer.

Leon. Pues entonces se volverá usted solo, porque yo no le acompaño.

D. Claud. Muchacha, déjate de locuras. Ya has abusado bastante de mi natural pacífico y bonachon, haciéndome ir de ceca en meca, hasta parar en estos malditos baños de Carratraca. No sé de que depende esa antipatía que has cobrado á Antequera, á un pueblo deliciosísimo, lleno de preciosidades y de buena fruta, famoso en la historia hasta el punto de que chicos y grandes la conocen, no habiendo quien ignore el sabido refran de *salga el sol por Antequera.*

Leon. Depende de que me moria en ella de rabia y de fastidio, porque estaba sin cesar viendo á todas mis amigas y compañeras de niñez casadas, y dándome continuamente en rostro con sus maridos; y ¡qué maridos! Hombres todos á los que yo habia despreciado.

D. Claud. Ese es el daño; debias haberte casado antes y no haber dado calabazas á cuantos mozos de pro habia en Antequera.

Leon. Es que los mozos de pro que habia en Antequera, se podian dar todos por el mas feo de otra cualquier parte; que yo era bonita, segun todos decian, y tenia talento, segun yo veia por comparacion, y añadiendo á esto ciertas ideas algo novelescas, habia resuelto no casarme hasta encontrar un hombre

como lo tenia soñado; quién tiene la culpa de que este no se haya presentado?

D. Claud. Tú que exijias tantas gollerías.

Leon. Bien puede ser; pero ya no soy tan exijente; soy.....

D. Claud. Eres mayor de edad; cumplirás dentro de poco tiempo veinte y seis.....

Leon. (*Con viveza y mirando á su alredor.*) No tal, todavía me falta mucho para tenerlos.

D. Claud. Pues no los tienes, ni los tendrás nunca: no te aflijas por eso; pero lo cierto es que en tanto te desesperas y no te puedes sufrir á tí misma.

Leon. Tio!

D. Claud. Es la verdad; y yo en tu lugar tomaria el tiempo como viene y me quedaria doncella.

Leon. Yo quedarme doncella! Primero....

D. Claud. Primero que, muchacha?

Leon. Primero me casaria con usted?

D. Claud. Pues no faltaba mas.

Leon. Los hombres pueden permanecer solteros, por que saben ser felices por sí mismos: pero nosotras, cuya dicha depende de los demas, necesitamos un marido que amar y unos hijos que mimar y que acariciar. Que cosa tan hermosa es tener hijos! Hijas, sobre todo, á las que tendré cuidado de casar jóvenes para que sean dichosas. Ya verá usted, tio, ya verá usted como soy muy buena madre de familias.

D. Claud. Asi lo creo y nada apetezco tanto como que logres llegar á serlo. El dia que te cases será uno de los mas alegres de mi vida, pues veré asegurada tu tranquilidad y.... la mia. Pero yo quisiera saber como piensas conseguirlo; porque no supongo que será andando de aqui para alli y haciéndome pasar por marido tuyo, cosa que, en paz sea dicho, está muy lejos de parecerme bien.

Leon. Pues usted mismo consintió en ello de buena voluntad.

D. Clad. Porque no me ocurrieron una infinidad de dificultades.

Leon. Ni á mí tampoco; solo quise no pasar aqui por lo que soy en Antequera; por una solterona, una tia como suele decirse, y para ello recurrí al matrimo-

nio, porque al cabo una muger casada no hace nunca un papel ridículo.

D. Claud. No, es el marido el que lo hace.

Leon. Y ya ve V. que en esta parte me ha salido perfectamente mi idea, y en vez de ser una soltera vieja soy una casada jóven, y los mismos que no se hubieran acercado á la una, llenan de obsequios y adulan á la otra. Se puede asegurar que he hallado el medio verdadero de rejuvenecerme; han vuelto á renacer mis perdidas ilusiones, mis amorosas creencias, y ahora que principio á ser algo feliz quiere usted arrebatarme hasta la esperanza. No, no será usted tan despiadado.

D. Claud. En dejándola hablar soy hombre al agua. Pero dime ¿adónde crees tú que ha de venir á parar esto?

Leon. ¿Quién puede saberlo? Acaso entre los jóvenes que me obsequian no falte alguno....

D. Claud. Tú mira bien lo que haces; porque la lucha es algo arriesgada. No es decir esto que yo tenga el menor cuidado; sé que eres muger honrada y que tienes demasiado talento para comprometerte en lo mas mínimo; pero quizas esos mismos que te adulan y te obsequian ahora, cuando sepan que eres soltera....

Leon. Ese es todo mi temor; aunque mi intencion era lograr, antes de que nada se supiese, que alguno llegase á cobrarme un cariño sincero.....

D. Claud. No seria malo.

Leon. Que me amase.... á todo riesgo.

D. Claud. Sí, sí, ya entiendo; será una fortuna para tí y para mí; lo que es él tampoco perderia, porque tu tienes muy buenas prendas y te considero capaz de hacer feliz á cualquier hombre. Has hecho muy bien en confiarme el secreto, porque como dice el refran, mas ven cuatro ojos que dos; y puestos ambos de acuerdo, no es dificil alcanzar que alguno... verbi gracia, D. Luis que á lo que creo está enamorado de tí de veras.

Leon. Está usted cierto?

D. Claud. El fué quien me obligó á montar á caballo.

Leon. No es verdad que es escelente muchacho? Rico,

sin parientes, dueño de sus acciones.... seria un marido perfecto.

D. Claud. Pues entonces á él y no hay que perder tiempo. Acaba de trastornarle la cabeza.... Supongo que ya se habrá declarado?

Leon. Todavía no; es algo tímido y luego que ese Don Sebastian no nos deja respirar un momento.

D. Claud. Puede que tambien esté enamorado de tí.

Leon. No señor; si va á casarse y ademas nunca me dirige ningun cumplimiento, ni me hace el mas mínimo obsequio. No sé que manía le ha dado de estarme siempre espiando y persiguiendo.

D. Claud. Ya lo he observado y tambien me suele mirar á mí con cierto airecito como de lástima, y cual si se compadeciese de mí, que me apesta. Oh! Es un hombre insufrible.

Leon. Un pesado del que no sé como librarme.

D. Claud. Déjalo de mi cuenta que yo me entenderé con él; pero ha de ser con la condicion de que luego que se arregle tu matrimonio, nos volvemos á Antequera.

Leon. Se lo prometo á usted.

D. Claud. No sabes cuanto deseo hallárme tranquilo en mi casa.

Leon. Tampoco deseo yo menos volver á ella con mi marido, y poder decir á todas las envidiosas del pueblo: miradle.

D. Claud. Ahi le tienes ya.

Leon. Pobre jóven! Mire usted que triste está.

ESCENA VII.

Dichos, D. LUIS.

D. Luis. Señora aqui está el Album (*bajo á Leonor*); y tendria que pedir á usted un favor.

Leon. Qué?

D. Luis. Que luego que estuviese usted sola, se dignase hojearlo.

Leon. Se lo prometo á usted; pero aun no lo necesitaba porque no nos marchamos ya.

D. Luis. (*Con alegria.*) De veras? (*Entran por la de-*

recha dos criados con una mesa dispuesta, que colocan en la derecha en primer término.)

D. Claud. Eh! Aqui está el almuerzo. Vamos, señor Don Luis, háganos usted el obsequio de acompañarnos. (*Bajo á Leonor.*) Qué tal? Ya ves con que destreza.....

D. Luis. Pero..... es que.....

D. Claud. Sin ceremonias. Leonor no acostumbra á tomar mas que café con tostada; yo prefiero los alimentos sólidos y debe usted imitarme, tomando un trozo de jamon y bebiendo un buen vaso de Jerez. (*Aparte.*) Si el vino le desatase la lengua!

D. Luis. En efecto.... pero....

Leon. (*Bajo á D. Luis.*) Acepte usted.

D. Luis. (*Con viveza.*) Pues señor, acepto el convite con mucho gusto. (*Pone el Album sobre el velador de la izquierda.*)

D. Claud. Eso es; siéntese usted ahi, al lado de mi muger. (*Se sientan á la mesa; Leonor en medio, Don Luis á su derecha y D. Claudio á su izquierda.*)

D. Luis. Con mucho gusto. (*Aparte.*) Qué cambio desde esta mañana acá!

ESCENA VIII.

Dichos, D. SEBASTIAN.

D. Sebast. (*Desde el fondo.*) Qué veo!

D. Claud. Ola! D. Sebastian!

D. Luis. (*Aparte.*) Este hombre es mi sombra.

D. Sebast. (*Aparte acercándose.*) La serpiente se ha hecho convidar á almorzar... la fortuna es que se marchan.

D. Claud. Llega usted á buena hora.

D. Sebast. Ya lo veo.... y no puede menos de admirarme el apetito de los jóvenes, porque no hace un cuarto de hora que vi á D. Luis en la fonda, y por cierto que no comia, sino devoraba.

D. Luis. (*Dejando de comer.*) Charlatan! (*Aparte.*)

D. Sebast. Cuidado, Don Luisito, que no es ese el medio de vivir mucho. Ya sabe usted que soy algo médico.

Leon. Este caballero ha cedido á nuestras repetidas instancias y dado prueba de su amabilidad.

D. Sebast. Sí, de la amabilidad de su estómago.

D. Claud. (*Bajo á don Luis.*) Déjele usted decir lo que quiera, y coma sin reparo.

D. Sebast. Dispensen ustedes si les he interrumpido. Venia á despedirme, y veo que me he dado demasiada prisa.

Leon. En efecto, aun habia tiempo, porque nuestra marcha se ha diferido por algunos dias.

D. Sebast. Con que permanecen ustedes aqui?

Leon. Si usted no halla inconveniente.

D. Sebast. (*Aparte.*) Esto era de esperar : ¡pobre hombre! ¡qué ceguedad! No; pues yo no los he de dejar ni á sol ni á sombra, y por el pronto me posesiono de una silla. (*Se sienta junto al velador á la izquierda.*)

D. Luis. (*Aparte.*) Pues no piensa marcharse.

D. Claud. Y dime, Leonor; qué te parece que hagamos despues de almorzar? Esta mañana se habló de una cascada, y si tienes mucho empeño en verla.....

D. Luis. Es muy digna de atencion.

D. Claud. Pues no habrá mas remedio que ir allá.

D. Luis. Hoy van infinitas personas.

D. Claud. Habrá mucha concurrencia; tanto mejor.

D. Sebast. Pero no recuerda usted su cansancio.

D. Claud. No lo siento ya.

D. Sebast. (*Aparte.*) Se conoce. (*Toma el Album y lo hojea.*)

D. Luis. Y luego que tambien podemos ir á caballo.

D. Claud. (*Con viveza.*) No, no, nada de eso; gracias. Iremos á pie, despacito. Usted dará el brazo á mi muger.

D. Sebast. (*Aparte.*) Qué hombre tan estólido! (*Recorriendo el Album.*) Pero, qué es esto? Palabras escritas con lapiz! (*Leyendo.*) «Señora, yo adoro á usted.»

D. Claud. (*Levantándose de la mesa.*) Lo que es usted, señor don Sebastian....

D. Sebast. (*Dejando con viveza el Album.*) Eh?

D. Claud. Quizas no podrá acompañarnos.

Leon. Es muy probable; porque como va á casarse, no le faltarán ocupaciones.

D. Sebast. (*Levantándose.*) Qué, saben ustedes?...
Leon. Sí, lo he sabido indirectamente.
D. Luis. Lo que es yo lo ignoraba, y nunca lo hubiera creido, viendo cuan poco obsequioso es usted con las señoras.
D. Sebast. Eso consiste en que no gusto de comprometer á nadie.
D. Claud. Vamos, Leonor, necesitas disponerte.
D. Luis. Volveré dentro de media hora para recoger á ustedes. (*Vase.*)
D. Sebast. (*Aparte.*) No puedo resistir mas. (*Vase Leonor por la izquierda.*)

ESCENA IX.

DON SEBASTIAN, DON CLAUDIO.

D. Sebast. (*Deteniendo á don Claudio que se dirigia á su habitacion.*) Señor don Claudio.
D. Claud. Qué hay?
D. Sebast. Oiga usted dos palabras.
D. Claud. Luego, luego; ya ve usted que estoy de prisa.
D. Sebast. Es que es muy interesante lo que tengo que decir á usted.
D. Claud. Sepamos de qué se trata.
D. Sebast. Se trata de ese don Luis, á quien usted profesa tanta amistad.
D. Claud. De don Luis? (*Aparte.*) Ya te entiendo.
D. Sebast. Usted, señor don Claudio, es un escelente sugeto; muy buen marido, amable, confiado....
D. Claud. Puedo sin vanidad jactarme de que poseo todas esas cualidades.
D. Sebast. Su señora de usted es jóven y bonita.
D. Claud. Asi, asi.
D. Sebast. No bonita, preciosa: puede usted creerme, porque tengo voto en la materia.
D. Claud. No lo dudo; pero á qué fin?...
D. Sebast. Ay, amigo mio! Qué ojos, qué talento, qué corazon! Es un tesoro. Me parece imposible verla sin....
D. Claud. Al caso, al caso.

D. Sebast. Puedo asegurar á usted que es una muger nacida para trastornar la cabeza á muchos hombres.

D. Claud. Pero, hombre, ¿quiere usted esplicarse?

D. Sebast. Pues señor; ya sabrá usted que hay en el mundo una infinidad de solterones que tienen una marcada predileccion á las mugeres casadas.

D. Claud. Vamos, y qué?

D. Sebast. Que yo soy uno de ellos.

D. Claud. Usted?

D. Sebast. Es decir, soy y no soy: he sido.

D. Claud. Pero al cabo?...

D. Sebast. Sí, amigo mio; lo he sido, y en toda la estension de la palabra. He logrado corregirme á fuerza de descalabros y de desgracias. Siento que no haya tiempo para referir á usted una por una y minuciosamente todas mis aventuras, entre las cuales hay algunas que horrorizan. Hay saltos por balcones, una zambullida en un estanque; varias estocadas, y tampoco faltan pistoletazos; si no sé como aun estoy vivo. Tales cosas me han pasado, y tal miedo he cogido á los galanteos de cierto género, que no puedo mirar á una muger casada, se entiende si es bonita, sin que me dé un temblor nervioso: al momento me digo á mí mismo: «Ya me voy á enamorar:» y como lo digo sucede; y asi me ha sucedido con la de usted.

D. Claud. Con la mia?

D. Sebast. No hay que enfadarse, porque ya he dicho que esto me sucede sin querer y que procuro contenerme; por lo mismo me haria usted sumo favor en plantar á don Luis de patitas en la calle, con órden espresa de no volver en la vida á presentarse.

D. Claud. A don Luis? Pues qué tiene que ver?...

D. Sebast. Ahí es nada! Que está enamorado como un loco de su muger de usted.

D. Claud. Qué disparate! No puede ser.... Y ademas, á usted qué le importa?

D. Sebast. Que si me importa! Pues no se hace usted cargo, buen señor, de mi situacion? Póngase usted en mi lugar y reflexione. Yo estoy un punto menos que sin seso de puro enamorado de su muger de usted, y sin embargo huyo de ella y no quiero seducirla.

D. Claud. Doy á usted un millon de gracias por tanto favor.

D. Sebast. No tiene usted de qué dármelas, porque no todo es virtud. Ahora bien: ¿le parece á usted justo que cuando yo hago tan heróico sacrificio, pierda todo el fruto de él, y lo gane un imberbe mequetrefe? Y esto á ciencia y paciencia mia, y sin que haga usted nada para estorbarlo. Pues, amigo, guárdese usted, porque tanto va el cántaro á la fuente.... Creo que me esplico.

D. Claud. Pues no entiendo una palabra.

D. Sebast. Digo, cándido anciano, que si usted continúa dejando á su muger á sus anchas, acaso el diablo me tiente; porque al cabo, diré yo para mí, con un marido como este.... la cosa es clara.

D. Claud. Demasiado; pero Dios le libre á usted de caer en la tentacion.

D. Sebast. Se dará mayor injusticia! Pues venga usted acá, hombre de Satanás. ¿No estoy predicando por que no llegue ese caso? ¿No he recurrido al único medio que me quedaba, tratando de casarme? Pues entonces, qué mas quiere usted? No soy yo el enemigo temible, sino ese don Luisito que cada dia gana mas terreno.

D. Claud. Casi me atrevo á apostar á que en su vida ha hecho ninguna declaracion amorosa á mi muger.

D. Sebast. Toma! yo lo creo. Si no le he dejado respirar un instante, ni hablar una vez á solas con doña Leonor! Pero si no habla, escribe; y para el caso es lo mismo. (*Toma el Album.*) Mire usted, mire usted qué tal se esplica el niño, y acabe de convencerse si es capaz de ello.

D. Claud. (*Tomando el Album.*) Vamos á ver. (*Lee.*) «Señora: yo adoro á usted, y usted va á partir: de-«jar de verla me es imposible, y estoy resuelto á «seguirla á todas partes, y á morir primero que con-«sentir en perderla.»

D. Sebast. Eh? Qué tal? Qué le parece á usted?

D. Claud. (*Con alegría.*) Que el muchacho está verdaderamente enamorado á lo que se vé.

D. Sebast. Nada mas que eso? Y no se llena usted de indignacion?

D. Claud. Sí tal que me lleno. (*Vuelve á leer.*) «A mo-«rir primero que consentir en perderla.» No tenga usted cuidado, que ya diré yo á Leonor cuantas son cinco.

D. Sebast. Qué disparate! No le diga usted una palabra. Al contrario; rompa usted la hoja del Album.

D. Claud. Ni por pienso.

D. Sebast. Pues no conoce usted que si ella no sabe nada?...

D. Claud. Yo se lo diré, y veremos qué me contesta.

D. Sebast. Va usted á hacer una necedad.

D. Claud. Voy á ponerla como hoja de peregil.

ESCENA X.

Dichos, LEONOR.

Leon. Ya estoy dispuesta... Qué, no ha venido todavía don Luis?

D. Claud. (*Presentándola el Album.*) Mire usted, señora, mire usted las consecuencias de su poca cautela y de su mucha coquetería.

Leon. Pues qué ha sucedido?

D. Claud. (*Aparentando cólera.*) Lea usted, lea usted. (*Bajo.*) Es una declaracion de don Luisito.

Leon. (*Id.*) De veras? (*Leé para sí.*)

D. Claud. Lea usted y avergüéncese. (*A don Sebastian, bajo.*) Eh? Me esplico?

Leon. Pues acaso tengo yo la culpa de que uno se enamore de mí sin yo quererlo?

D. Claud. ¿Sin usted quererlo, cuando es usted la que provoca?... Señora, no hay que buscar tres pies al gato.

D. Sebast. Vamos, basta ya, señor don Claudio.

Leon. Es una injusticia atroz. (*Bajo á don Claudio.*) Va á venir, llévese usted á don Sebastian.

D. Claud. (*Id.*) Bueno. (*Alto.*) Y cuidado conmigo; porque si llego á descubrir lo mas mínimo!... Si llego á conocer!...

Leon. Esto solo me faltaba! ¡Qué suerte la mia! Sí, señor, logrará usted verme muerta.

D. Sebast. Ay, Dios mio, que le va á dar una congo-

ja. (*Se coloca cerca de Leonor, como que va á socorrerla.*)

Leon. Déjeme usted, déjeme usted, caballero, que solo usted tiene la culpa de lo que está pasando, puesto que es el que incita á mi marido.

D. Claud. Vámonos de aqui, porque si no voy á hacer un disparate.

D. Sebast. (*Bajo á don Claudio.*) Pero no considera usted?...

D. Claud. Nada considero, sino que si vuelve á contestarme una sola palabra....

D. Sebast. (*Id.*) Ya, pero él en tanto va á venir.

D. Claud. Soy capaz de dejarla en el sitio. (*Dirigiéndose á Leonor.*)

D. Sebast. (*Deteniéndolo.*) Hombre, por Dios!

D. Claud. (*Tirando de él hácia dentro.*) Sáqueme usted de aqui, sáqueme usted. (*A Leonor.*) Ha de morir usted á mis manos. (*Volviéndose á don Sebastian, á quien se lleva casi arrastrando por el fondo.*) Sáqueme usted de aqui con mil diablos! (*Vanse.*)

ESCENA XI.

LEONOR, *despues* D. LUIS.

Leon. (*Con el Album en la mano.*) Dice que me ama. Ah! Si fuese cierto y si al cabo lograse!...

D. Luis. (*Desde el foro.*) Alli está!... Tiene el Album en la mano!

Leon. (*Aparte con alegría.*) Él es. (*Alto y con severidad.*) Estraño mucho que tenga usted valor para ponerse en mi presencia, despues....

D. Luis. Confieso, señora, que es atrevimiento el mio; pero érame imposible sufrir por mas tiempo; y asi, luego que ví salir á su marido de usted con don Sebastian, corrí presuroso....

Leon. Su imprudencia de usted, que tal debo llamarla, ha estado á pique de comprometerme. Usted no ignora cual es mi situacion y cuales son mis deberes.

D. Luis. Demasiado bien sé, por mi desgracia, que pertenece usted á otro hombre, que será sin duda

muy digno de aprecio; pero que yo aborrezco con toda mi alma.

Leon. Caballero! (*Aparte.*) Pobre tio!

D. Luis. Sí, señora, lo aborrezco de muerte, y si por fortuna tuviese quince años menos.

Leon. Calle usted, calle usted, que si mi marido lo oyera!... (*Aparte.*) Se pondria loco de contento.

D. Luis. Y cómo quiere usted que guarde silencio al ver á una muger jóven y hermosa encadenada.... Oh! el matrimonio es un lazo de hierro que no me sujetará jamas.

Leon. Se equivoca usted completamente, amigo mio; yo creo por el contraaio que el matrimonio es una institucion escelente, y que debe fomentarse á toda costa.

D. Luis. No creo que sea esa su opinion de usted.

Leon. Puedo asegurar á usted que sí, y que ademas tengo empeño en que mude usted de parecer, y espero conseguir....

D. Luis. Nunca, aunque no fuese por otra razon que por la de ver que usted lo defiende y se rie de mis tormentos....

Leon. Caballero!

D. Luis. Sin embargo, si usted tiene empeño, diré que el matrimonio es cosa divina, y mucho mas.

Leon. Eso quiero yo.

D. Luis. Pero lo que sí puedo asegurar, jurándolo por el amor que á usted profeso, es que no me casaré nunca.

Leon. Eso es mil veces peor que lo otro; y si sigue usted asi, perderá para siempre mi amistad.

D. Luis. Es decir que usted no me ama, puesto que desea verme casado.

Leon. Y por qué no, si encuentra usted una muger?...

D. Luis. Ah! señora; una sola hay en el mundo.

Leon. Ya ve usted que al menos hay una.

D. Luis. Pero esa no está ya libre.

Leon. Bien; pero supongamos que lo estuviese.

D. Luis. Oh! entonces seria mi dicha mayor el casarme con ella y consagrarle mi existencia....

Leon. Y entonces no consideraria usted el matrimonio como una penosa esclavitud!...

D. Luis. Porque unirse con el objeto de nuestro amor.

es principiar una vida de delicias, y poder envanecerse con poseer una muger....

Leon. Tambien envanece un marido que puede una mostrar con orgullo á sus amigas (*con entusiasmo y olvidando el papel que representa*), cuando estas creian acaso todo matrimonio imposible, y hacerlas rabiar....

D. Luis. (*No entendiéndola.*) Cómo?

Leon. En fin, se acaba el fastidio y el aislamiento, encontrando un corazon cuyos latidos corresponden á los del nuestro.

D. Luis. Un ángel que sonrie ó llora con nosotros.

Leon. Y un amigo que nos sirve de guia.

D. Luis. Si yo lograse tal dicha, seria mi único anhelo adorarla y manifestarle mi ternura.

Leon. (*Conmovida.*) Ah! si fuese usted sincero, y tal como dice.

D. Luis. Por qué no ha de serme lícito jurárselo á usted arrodillado á sus pies! (*Se arrodilla.*)

D. Sebast. (*Apareciendo en el foro.*) Señor don Claudio! Señor don Claudio!

Leon. Don Sebastian! (*Vase apresuradamente por la izquierda.*)

D. Luis. El marido! (*Se esconde en el gabinete de la derecha.*)

ESCENA XII.

DON SEBASTIAN, *despues* DON CLAUDIO.

D. Sebast. Lo habia previsto y se lo tenia dicho; pero él empeñado en que no. (*Se sienta en un sillon á la derecha.*)

D. Claud. (*Que entra jadeando.*) Qué? Qué es eso? Qué le ocurre á usted?

D. Sebast. Qué me ocurre á mí!

D. Claud. Sí, por qué daba usted esos gritos? (*Se deja caer en un sillon á la izquierda.*)

D. Sebast. Porque estaban ahí. Los sorprendí juntos!

D. Claud. A quién? No veo á nadie.

D. Sebast. Cómo los ha de ver usted si han echado á correr? Pero el niño, el don Luisito estaba á los pies de su muger de usted.

D. Claud. (*Levantándose.*) De veras? Está usted seguro de ello?

D. Sebast. (*Levantándose.*) Pues no le digo á usted que yo mismo lo he visto?

D. Claud. (*Con enfado.*) Y quién le manda á usted venir asi de improviso?

D. Sebast. Eso es decir que he hecho mal en estorbar....

D. Claud. Es decir que se mete usted en lo que no le importa.

D. Sebast. Con que tiene usted gusto en ser?.....

D. Claud. Bien, y qué?

D. Sebast. Cómo, y qué?

D. Claud. Que nada tiene usted que ver en ello.

D. Sebast. Lo que usted dice es hasta indecente; pero no, veo que usted se chancea y conozo que necesita pruebas para creer.... (*Se dirige á la puerta del gabinete.*)

D. Claud. (*Deteniéndolo.*) Para creer qué?... A donde va usted?

D. Sebast. A sacar al D. Luisito que se ha escondido ahi.

D. Claud. (*Poniéndose delante de la puerta.*) En ese gabinete? (*Aparte.*) Pobre muchacho! (*A D. Sebastian.*) Señor Don Sebastian, le notifico á usted por la última vez, que me deje tranquilo y se abstenga de meterse en lo que no le importa.

D. Sebast. (*Empeñado en entrar.*) No; si quiero convencer á usted.

D. Claud. (*Estorbándole el paso.*) Dígole á usted que se deje de majaderías.

D. Sebast. Hombre no sea usted terco.

D. Claud. Ya se acaba mi paciencia. Salga usted al punto de mi casa.

D. Sebast. Esto solo me faltaba!

D. Claud. Vamos; márchese usted.

D. Sebast. (*Con resolucion.*) Está bien. Pero acuérdese usted de que soy echado ignominiosamente.

D. Claud. Váyase usted con mil diablos!

D. Sebast. Bueno! Brabo!.... Y al cabo yo me tengo la culpa por ser tan bonachon, que me empeño en librar á usted de un precipicio, cuando debia estar pensando en mi casamiento.... Beso á usted la mano. (*Hace que se va y vuelve.*)

D. Claud. Gracias á Dios!

D. Sebast. Pero tenga usted presente lo que le digo. (*D. Claudio corre á ponerse delante de la puerta.*) No escapa usted de esta.

D. Claud. Hombre, quiere usted acabar de dejarme en paz?

D. Sebast. Ya voy; pero no olvide usted que le amenaza una desgracia. (*Vase.*)

D. Claud. No será mayor que la de tener que sufrir á usted.

ESCENA XIII.

D. CLAUDIO, *luego* D. LUIS.

D. Claud. (*Yendo á abrir la puerta del gabinete.*) Sobre que se me figuró que no podia quitármelo de encima. (*Abre.*) Vamos, salga usted.

D. Luis. (*Saliendo.*) Suplico á usted, señor Don Claudio, que no haya ruido ni escándalo.

D. Claud. Tal es mi intencion. (*Con amabilidad.*) Pero qué es eso? Qué tiene usted?

D. Luis. Si señor, confieso que me desasosiega el pensar que acaso he comprometido..... pero puedo asegurar que á pesar de las apariencias, yo solo soy culpable. En fin no ignoro lo que tiene usted derecho á exijir de mí, y estoy á sus órdenes.

D. Claud. Cómo?

D. Luis. Puede usted elegir armas, hora y sitio, como mejor le parezca.

D. Claud. Poco á poco, hombre, poco á poco.

D. Luis. Conozco las consideraciones que se deben á su edad de usted, y me guardaré muy bien de abusar.....

D. Claud. Este es otro que mejor baila. Quiere usted hacerme el favor de dejarme hablar?

D. Luis. Diga usted lo que guste.

D. Claud. A ver si nos entendemos! Pues señor...... (*Aparte.*) No sé como dorarle la píldora. (*Alto.*) Antes de todo, señor Don Luis, quiero que me prometa usted ser franco conmigo y responder con toda claridad á lo que le pregunte.

D. Luis. Lo prometo.

D. Claud. Muy bien.... Ahora dígame usted si en efecto ama de veras á.... á mi muger.

D. Luis. Tal pregunta!

D. Claud. Usted me ha prometido responder con toda franqueza, y yo necesito saber si es verdadero su amor, ó solo un capricho.

D. Luis. Un capricho! Mentiria yo si tal dijere. La adoro con inestinguible pasion. Puede usted hacer lo que quiera, matarme..... pero sepa que la amo con todas las veras de mi alma, y que á usted que es su marido....

D. Claud. Me aborrece usted de muerte. No hay cosa mas en el orden. Con que es decir que si Leonor fuera viuda....

D. Luis. Ojalá!

D. Claud. Brabo! Se casaria usted con ella sin titubear?

D. Luis Cifraria en hacerlo toda mi dicha.

D. Claud. Sí? Pues venga esa mano.

D. Luis. Pero....

D. Claud. Y si quiere usted casarse con Leonor, tiene mi consentimiento.

D. Luis. Usted que es su marido?

D. Claud. Yo no he sido nunca casado.

D. Luis. Y su muger de usted?

D. Claud. Mi muger es tambien... soltera.

D. Luis. Soltera!

D. Claud. (*Aparte.*) Rebentó la bomba!

D. Luis. Y usted es?

D. Claud. Soltero y tio de Leonor para lo que usted guste mandar.

D. Luis. Su tio!

D. Claud. Vamos, y quiere usted ahora batirse conmigo?

D. Luis. Pido á usted mil perdones.... Soltera!... Qué lejos estaba yo de pensar!.... (*Con cierto embarazo.*) Pero, consentirá Leonor en hacerme dichoso?

D. Claud. Amigo, respecto á eso nada puedo decir, y le aconsejo á usted que se dirija directamente á ella.

D. Luis. Ahora me causa rubor... y lo que usted me ha dicho... (*Aparte.*) Soltera! (*Alto.*) Y si ella rehusase?

D. Claud. (*Con incredulidad.*) No creo.... (*conteniéndose.*) Es decir.... puede....

D. Luis. Me parece que será lo mejor escribirle.

D. Claud. Muy bien pensado. Escriba usted.

D. Luis. No sé cómo?...

D. Claud. Sí, sí, ya entiendo. Siéntese usted, que yo le dictaré: «Señorita: es usted la única muger que «amo y que he amado en toda mi vida.»

D. Luis. (*Aparte.*) Pobre Luisa!

D. Claud. Usted habrá amado acaso á otras muchas; pero no le hace, eso la gustará. Prosigo: «Mi suer«te se halla en sus manos, y me atrevo á suplicarla «que no me llene de desesperacion, rehusando dar «su mano al que ha entregado á usted su corazon.» Ahora firme usted. (*Aparte.*) Ha firmado! Oh! jóven apreciable!

D. Luis. Se acabó.... Ay, Dios, ella viene!

ESCENA XIV.

Dichos, LEONOR.

D. Claud. No podias, Leonor, venir mas á tiempo. El señor lo sabe ya todo.

Leon. Con que sabe ya?...

D. Luis. Todo, señorita; restando solo que se digne usted hablar, pues mi dicha depende solo de su resolucion.

Leon. Pues cómo?...

D. Claud. Acababa en este momento de escribirte pidiendo tu mano.

Leon. De veras?

D. Luis. Aqui está la carta. (*Presentándosela.*) Si se digna usted leerla y tomar en consideracion mi amor....

Leon. Caballero.... una declaracion tan imprevista....

D. Luis. Con que rehusa usted?...

Leon. (*Tomando la carta.*) No he dicho eso.

D. Claud. (*A don Luis.*) Ha aceptado, no lo dude usted.

D. Luis. (*Con embarazo.*) Colma usted mi felicidad!... y teniendo la dicha de poseerla.... Vaya, voy á anunciar á todos tan inesperado....

Leon. Poco á poco, señor don Luis, y no partamos tan de ligero. Hasta ahora todos me han creido casada, y es este una especie de misterio que ya le esplicaré á usted. Teníamos mi tio y yo para ello poderosas razones.

D. Claud. Sí, sí, razones de mayor cuantía.

Leon. (*Interrumpiéndole con viveza.*) Y por ahora exijo que nadie mas que usted sepa la verdad del caso.

D. Luis. Muy bien; entonces callaré.

Leon. Por otra parte, mi tio desea con ansia volver á Antequera, y si usted no tiene inconveniente, podemos celebrar allí nuestro casamiento.

D. Luis. Su voluntad de usted es ley para mí.

D. Claud. Pues entonces partamos al momento, sin mas detencion que la necesaria para tomar coche.

D. Luis. Sí, sí, partamos al momento. (*Aparte.*) Tanto mejor, porque si acaso llegaba á tropezar con Luisa. (*Alto.*) Voy á prepararlo todo.

D. Claud. No tarde usted, que nosotros pronto estamos dispuestos. (*Vase don Luis.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos DON LUIS.

D. Claud. Pues señor, gracias á Dios, ya lograstes acomodo, y yo logré la seguridad de no volver á salir de mi pueblo en mi vida..... Voy yo tambien á disponer los trastos.... (*Hace que se va.*)

Leon. Tio, tio, cuénteme usted antes cómo ha pasado todo.

D. Claud. Con don Luis.... muy bien.

Leon. No mostró susto al saber que era yo soltera?

D. Claud. Nada de eso.

Leon. Escelente muchacho! Ya se ve, á su edad se siguen siempre los primeros impulsos del corazon.

D. Claud. Sí, sí.... con tal que luego no reflexione.... Vaya, voy á disponer los cofres y maletas. (*Hace que se va.*)

Leon. Eso es; partamos al punto.

D. Claud. Ah! se me olvidaba. Guárdate mucho de don Sebastian, y que no llegue á sospechar nada;

porque has de saber que está tambien enamorado de tí como un loco.

Leon. Él? Pues cómo?

D. Claud. Te adora.

Leon. Pobre hombre! Eso basta para esplicar su espionaje continuo.

D. Claud. Si llegase á saber que don Luis va con nosotros, me veria obligado á tener otra reyerta de las suyas. Voy, pues. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

LEONOR.

Se casará conmigo! Lo ha prometido y con sinceridad! Veamos lo que me escribia: (*Lee la carta.*) «Es us«ted la única muger que amo y que he amado en «toda mi vida.» Sí, no puedo dudarlo: ama de veras. Dentro de pocos dias ya estaremos casados, y me llamarán la señora de.... Cuál es su apellido? Ah, sí, Cárdenas; la señora de Cárdenas. Será una niñada ó lo que se quiera; pero mucho me ha de gustar el oirme llamar asi. Y luego me dirán en las reuniones.—Y ese caballero?—Ahí lo tiene usted.—Sea mil veces enhorabuena; es un jóven muy bien parecido.—Tiene veinte y tres años.—Hum! Es demasiado jóven.—No me quejo yo de ello.... Cómo van á rabiar todas; sobre todo Eugenia, que se ha casado con un viudo que tiene tres hijos; y Matilde, que está tan orgullosa con su capitan gordote y con pierna de palo. Lo que es yo, no aparentaré demasiado orgullo, porque no digan que quiero humillarlas.... me contentaré con presentarlas mi marido, y esto bastará para que se mueran de envidia.

ESCENA XVII.

LEONOR, LUISA.

Luisa. Ah! señora; gracias á Dios que la encuentro á usted, porque solo en usted se cifra ya mi esperanza, si es que alguna puedo tener.

Leon. Siento verla á usted tan afligida, cuando yo estoy muy contenta. Pero sepamos qué hay de nuevo.

Luisa. Hace poco que entró en nuestra habitacion don Sebastian, y mi madre me mandó salir de ella; pero como yo tenia miedo de que resolviesen,... queria saber....

Leon. Y se puso usted á escuchar desde la puerta?

Luisa. No podia pasar por otro punto si queria oir algo. Pues señor, don Sebastian ha pedido á mi madre mi mano, que le ha sido concedida. Ya ve usted que no me queda esperanza si....

Leon. Pobre Luisa! Yo estoy pronta á hacer por usted lo que pueda: pero, cómo? por qué medio?

Luisa. Solo hay uno, y ese es que hable usted á mi madre, y la diga que yo no amo á don Sebastian. Mi madre la estima á usted mucho, y no dudo que se dejará persuadir. Puede usted tambien decirle que amo á don Luis.

Leon. A don Luis?

Luisa. Pues qué no se lo he dicho ya á usted? Él es el que tantas penas me hace pasar.

Leon. Le ama usted! Y desde cuándo? Cómo nació ese amor?

Luisa. No lo sé.... hace ya mucho tiempo; pero sobre todo desde el año pasado. Él estaba malo, y un amigo de mi madre lo trajo á casa. Yo entonces pasaba á su lado la mayor parte del dia cuidándolo con estremado esmero....

Leon. Y don Luis se enterneció al ver tal conducta, y la gratitud....

Luisa. Oh! sí, señora; al principio se mostró muy agradecido; pero por desgracia vino en este tiempo á tomar baños una dama muy hermosa, muy coqueta, y muy rica, y don Luis me abandonó, dedicándose enteramente á hacerla la corte.

Leon. Eso fue el año pasado?

Luisa. Sí, señora. Y es por cierto triste cosa que venga una forastera asi con sus manos lavadas á quitarnos los maridos, que á decir verdad no abundan en el pais. Este año ya sucede otra vez lo mismo; y el caso es que yo estoy segura de que en el fondo solo á mí me ama.

Leon. Oh! Lo que es eso no tomará usted á mal que lo dude, en vista de lo que me cuenta.

Luisa. Puede usted creer que es asi, y sin otras mil pruebas que pudiera presentar, basta el modo con que acaba de hablarme no há mucho.

Leon. Ola! Han hablado ustedes?

Luisa. Sí; nos encontramos en el jardin, á donde habia yo ido para llorar con libertad. Cuando supo que iba á casarme con don Sebastian, me dijo: «Usted se casa, Luisa!» Y se puso tan pálido, que se me figuró que iba á desmayarse.

Leon. De veras?

Luisa. Despues me miró con aire afligido, muy afligido, y echó á correr sin añadir mas palabra.

Leon. (*Aparte.*) Quién lo hubiera creido!

Luisa. Ya ve usted, señora, que él me ama, y que á poco que tuviese usted la bondad de interponer su influjo.... porque ya, señora, no confio en mas que en su bondad de usted.

Leon. (*Aparte.*) Señora! Señora! Parece que lo hace aposta.

Luisa. Usted, que con su talento ejerce tanto influjo...

Leon. Eso es un disparate; cómo quiere usted que yo me mezcle en semejante asunto, cuando tengo tanto que pensar?... (*Conteniéndose.*) En fin, Luisa, yo nada puedo hacer.

Luisa. Ay, Dios mio! ¡Con qué despego me habla usted ahora! ¿La he ofendido á usted en algo?

Leon. A mí? No, de ningun modo. (*Aparte.*) Y al cabo, qué culpa tiene la pobre muchacha? (*Alto.*) Bien, veremos, Luisa, lo que se puede hacer.

Luisa. Gracias, mil gracias. Usted tendrá la bondad de decir á mi madre, que casarme con don Sebastian es lo mismo que sentenciarme á ser desgraciada toda mi vida: que es demasiado viejo para mí, y que acaso algun dia, sin yo querer, podria darle motivos para arrepentirse....

Leon. Ahí viene don Sebastian.

Luisa. Pues entonces no seria malo que principiase usted por él; y si despues venia don Luis....

Leon. (*Con impaciencia.*) Bien, bien, basta. (*Aparte, como reflexionando.*) Es el único medio de arreglarlo.

ESCENA XVIII.

Dichos, DON SEBASTIAN.

D. Sebast. Dispense usted, señora, si me tomo la libertad.... buscaba á Luisita.

Luisa. A mí?

D. Sebast. Sí, á usted, para decirla que su mamá quiere hablarla al instante. (*Aparte.*) Estoy resuelto, y me caso con ella.

Luisa. (*Bajo á Leonor.*) Ya lo oye usted; no hay que perder tiempo.

D. Sebast. Luisita, su señora madre de usted la llama.

Luisa. Ya voy, ya voy.

D. Sebast. Si usted me permite, la acompañaré.

Leon. No, no; quédese usted.

D. Sebast. Yo, señora?

Leon. Tengo que hablarle.

D. Sebast. (*Aparte.*) Solo con ella! Soy hombre perdido.... y sin embargo no puedo evitarlo, como no sea cometiendo una grosería.

Luisa. (*Bajo á Leonor.*) Me recomiendo á usted.

Leon. (*Idem á Luisa.*) Vaya usted descuidada, y cuente con mi amistad. (*Vase Luisa por el fondo.*)

ESCENA XIX.

DON SEBASTIAN, LEONOR.

Leon. (*Sentándose en la izquierda.*) Señor don Sebastian?

D. Sebast. Señora? (*Aparte.*) El solo sonido de su voz me llega hasta el corazon.

Leon. Tome usted asiento.

D. Sebast. Muy bien, señora. (*Va á sentarse al otro estremo.*)

Leon. A dónde va usted? Es imposible hablar desde tan lejos. Venga usted aqui; á mi lado.

D. Sebast. (*Aparte.*) A su lado! Dios me dé fuerzas para contenerme! (*Va á sentarse muy junto á ella.*)

Leon. (*Desviando su silla.*) No tanto!

D. Sebast. Ah! sí; perdone usted.

Leon. Con que ahora....

D. Sebast. Ahora solo espero que tenga usted la bondad de indicarme en qué puedo serla útil.

Leon. No se trata de mí....

D. Sebast. Lo siento en estremo. Hubiera preferido....

Leon. Sino de Luisa, con quien creo que quiere usted casarse.

D. Sebast. Es verdad!

Leon. No le pregunto á usted si la ama....

D. Sebast. Se me figura que bien lo merece.

Leon. En efecto; mas que nadie.

D. Sebast. Mas que nadie! Eso es mucho decir.... hay otras.... una sobre todo. (*Aparte.*) Qué es lo que voy á decir! (*Alto.*) Sí, señora; en efecto, mas que nadie.

Leon. Pero está usted seguro de que ella corresponda?....

D. Sebast. Y por qué no? Al fin llegará á amarme. Soy rico, libre, y despues que me case colmaré á mi muger de tales atenciones y cuidados, y satisfaré de tal modo hasta sus caprichos, que no podrá menos de quererme siquiera por agradecimiento.

Leon. A ver, señor don Sebastian; míreme usted.

D. Sebast. Señora!

Leon. Leo en sus ojos de usted que no dice la verdad.

D. Sebast. Dios de bondad! Pues qué ha adivinado usted?...

Leon. Yo no sé si está usted enamorado ó no; pero sí que no lo está de Luisa, la que en cambio, tampoco está muy aficionada á usted. Por consecuencia, es evidente que semejante matrimonio no tiene pies ni cabeza.

D. Sebast. A decir verdad....

Leon. Luisa es muy jóven; y á usted, mirándole de cerca, se le ven ya algunos cabellos blancos.

D. Sebast. Muy pocos; se pueden contar.

Leon. Supuesto que se pueden contar, es cierto que los hay. Ademas, yo he observado su caracter de usted, y no es Luisa la muger que le conviene.

D. Sebast. Puede ser muy bien; pero qué quiere usted? A falta de otra mejor....

Leon. Sabe usted la muger que le convendria?...

D. Sebast. Que si lo sé! Demasiado que lo sé por mi desgracia.

Leon. Una muger que le dirigiese y le mandase. Usted tiene necesidad de que le dirijan.

D. Sebast. (*Aparte.*) Qué penetracion! (*Alto.*) En efecto, señora, soy hombre que necesito que alguien me mande y me dirija: diré mas, necesito hasta que se me castigue.

Leon. No lo dudo. En cambio tiene usted escelentes disposiciones, bondad de caracter, sensibilidad....

D. Sebast. Ah! sí, demasiada sensibilidad; y eso es lo que siempre me ha perdido y lo que ahora me pierde; de tal modo, que si no me caso al punto, no sé qué será de mí.

Leon. Está bien, cásese usted; pero no con una chiquilla que necesita ella misma que la dirijan. Hallará usted otras mil que en su lugar....

D. Sebast. (*Acercando su silla.*) En su lugar?

Leon. (*Separándose.*) Por ahora estése usted quieto en el suyo! Pues, señor, como digo; hallará usted mil mugeres que no se harán de rogar.....

D. Sebast. Cómo? Con que usted cree?...

Leon. Sí lo creo. Es usted un escelente sugeto, y de no despreciable figura.

D. Sebast. (*Levantándose, y yendo á colocar su silla en el fondo.*) Basta, señora; basta por Dios!

Leon. (*Levantándose.*) Qué tiene usted?

D. Sebastian. Qué tengo?... Lo que tengo es una enfermedad.... una locura, que jamas se me curará.

Leon. Pues usted entiende algo de medicina. (*Riéndose.*)

D. Sebast. Ah! No se ria usted, señora; sino compadézcase de mí, que quisiera ahora hallarme á cien leguas de aqui.

Leon. Tanto le asusto yo?

D. Sebast. Sí, señora, sí; con solo verla no sé lo que me pasa, y su presencia me encanta y me llena al mismo tiempo de temor. Con solo oir la voz de usted principio á temblar, quiero huir y no puedo, porque aun este temor tiene para mí atractivo. (*Cogiéndola la mano.*) Dígnese usted perdonarme.... conozco que esto es ya delirar.

Leon. Ja! ja! ja! Sabe usted que eso es ni mas ni menos que una especie de declaracion de amor?

D. Sebast. Una declar!... no.... nunca; ó mas bien sí lo es; y supuesto que ya lo he dicho, no me desdigo. Todo lo olvido, y me entrego ciegamente á mi destino.... ademas de que ya le avisé, y nada tiene que decir.... Señora!... (*Se arroja á sus pies.*)

ESCENA XX.

Dichos, DON CLAUDIO *por la derecha.*

D. Claud. Qué veo?

D. Sebast. Ya está ahí. Lo que dije: mi estremada sensibilidad me ha perdido.

D. Claud. Con que usted es el que decia!... Hipócrita! Traidor!

D. Sebast. Poco á poco, señor don Claudio.... Señora, no le crea usted.... Desde esta mañana le estoy sin cesar, diciendo: «Amo á su muger de usted; adoro á su muger de usted; no me deje usted, por Dios, solo con su muger.»

D. Claud. Pero usted me prometió no volver mas: por qué está usted en mi casa?

D. Sebast. Y usted ¿por qué no está? Yo no tengo la culpa; y ya que me he declarado, no me retracto. Cíteme usted ante el alcalde constitucional, ó ante el tribunal supremo de justicia, si quiere; pero lo dicho, dicho, y no me vuelvo atrás.

D. Claud. Y tú, Leonor, ¿cómo has podido consentir? Si cualquiera otro os hubiera sorprendido! Don Luis, por ejemplo.

D. Sebast. Don Luis?

D. Claud. Acaso hubiera podido trastornarse....

D. Sebast. Trastornarse qué?

Leon. Silencio. Hélo aqui.

ESCENA XXI.

Dichos, DON LUIS.

D. Claud. (*Bajo á don Sebastian.*) Calle usted, por-

que si llega á sospechar lo mas mínimo, es capaz de matarlo.

D. Sebast. Él? Y con qué derecho?

D. Claud. Venga usted á mi habitacion.

D. Sebast. Dejarlos otra vez juntos!

D. Claud. Venga usted, hombre; y, puesto que ya es preciso, lo sabrá todo.

Leon. Vaya usted, señor don Sebastian; yo se lo ruego. (*Tambien bajo.*)

D. Sebast. Ella me lo ruega! Qué será, cielos divinos?

ESCENA XXII.

DON LUIS, LEONOR.

Leon. (*Ap.*) Si solo diese yo ahora oidos á mi enfado!

D. Luis. (*que se ha asomado por el fondo y se ha detenido, como hablando con un criado.*) (*Aparte.*) Pobre Luisa! Pero ya es tarde!

Leon. Hola! Es usted, caballerito?

D. Luis. Venia á decir á usted que todo está ya pronto para la partida.

Leon. Ya?

D. Luis. Eso fué lo que se convino.... y ademas, deseo estar lejos de aqui.

Leon. De veras? Con que es decir que está usted dispuesto á seguirme sin titubear?

D. Luis. (*Con turbacion.*) Puede usted dudarlo? No tiene mi palabra?

Leon. (*Aparte.*) Su palabra! (*Alto.*) Señor don Luis, aun tiene usted tiempo para reflexionarlo. Si mas adelante se arrepintiese, ó si al dejar estos sitios le quedase algun recuerdo....

D. Luis. Recuerdos! De qué? Sospechará usted acaso?...

Leon. Yo nada sospecho; pues basta para tranquilizarme la carta que usted me escribió y que conservaré siempre. (*Lee.*) «Es usted la única muger que amo «y que he amado nunca.» No se puede apetecer mas, suponiendo la sinceridad de usted al escribir tales palabras: ¿es cierto?

D. Luis. Viva usted persuadida....

Leon. Vamos; dígame usted con franqueza, si se atre-

veria ahora á volver á escribir en el mismo sentido?

D. Luis. Ahora?

Leon. Júrelo usted, y entonces lo creo. (*Señalando á Luisa que viene por el jardin.*) Júrelo usted delante de Luisa, y quedo tranquila.

D. Luis. (*Aparte.*) Luisa!

Leon. Titubea usted?

D. Luis. No.... pero....

Leon. Basta, no diga usted mas. (*Aparte.*) Si hubiera tenido la desgracia de amarle!

ESCENA XXIII.

Dichos, LUISA *por el foro.*

Luisa. Ay, señora, que va á partir.... acabo de ver el coche á la puerta.

D. Luis. (*Aparte.*) Pobre Luisa!

Luisa. (*Viéndola.*) Ah! Está aqui!

Leon. Tranquilícese usted, Luisa, que ese coche es para mí. El señor se queda....

D. Luis. Yo?

Leon. Se queda, porque no puede separarse de usted, como me decia hace poco, y en prueba de ello.... (*Dudosa.*) aqui tiene usted esta carta, que me encargaba entregase á usted. (*Le da la carta.*)

D. Luis. (*Bajo.*) Qué hace usted?

Leon. (*Idem.*) Desmiéntame usted, si se atreve.

D. Luis. (*Aparte.*) Todo lo sabia.

Luisa. (*Que ha recorrido la carta.*) Cómo, señor don Luis! ¿No ha cesado usted de amarme, y quiere casarse conmigo?

Leon. Sí, no lo dude usted; y lo mas pronto será lo mejor. (*Hace pasar á Luisa junto á don Luis.*)

ESCENA XXIV.

Dichos, DON CLAUDIO *y* DON SEBASTIAN.

D. Sebast. No, no se verificará semejante matrimonio. Me opongo á ello con todas mis fuerzas.

D. Luis. D. Sebastian!...

D. Sebast. Es preciso que antes nos rompamos la cabeza don Luis y yo.

D. Claud. Está usted abusando de mi confianza.

D. Sebast. Lo dicho, dicho; no lo sufriré.

D. Luis. Eso lo veremos, caballero. Ella ha dado ya su consentimiento, y toca á su madre decidir.

D. Sebast. Su madre! (*A Leonor.*) Qué, tiene usted madre? (*À don Claudio.*) Pues no me ha dicho usted que era huérfana?

D. Claud. Pero ¿de quién diablos habla usted? Nos hemos embrollado á lo que veo.

Leon. En efecto, señor don Sebastian; despues de lo que usted me ha dicho, creí que renunciaria sin dificultad la mano de Luisa.

D. Sebast. De Luisa!

Leon. Y en ese concepto me he atrevido á arreglar su casamiento.

D. Sebast. Con que ella tambien?...

Leon. Se casa con don Luis.

D. Claud. Qué oigo?

D. Sebast. De veras?

D. Luis. Pues no lo vé usted?... Y ahora, si insiste usted en disputarme....

D. Sebast. No, no; no disputo nada; si yo creí que era con esta señorita.

Luisa. Con ella?

Leon. (*Bajo á don Sebastian.*) Calle usted.

D. Sebast. Ya callo.... Qué dicha!... no sé lo que me pasa!

D. Claud. Pues señor, no entiendo una palabra.

D. Sebast. Señor don Claudio, pido á usted en toda forma la mano de su sobrina.

D. Claud. Eso á ella; diríjase usted á ella.

D. Sebast. Señorita, pido á usted en toda forma la mano de su tio.

Leon. Qué dice usted? Ja! ja! ja!

D. Sebast. Perdone usted; con la alegría estoy sin mí.

Leon. (*Dándole la mano.*) Vaya mi mano.

D. Sebast. Consiente en ello! Soy su marido! Vamos, voy á perder la cabeza; afortunadamente entiendo algo de medicina.

D. Claud. Gracias á Dios que ya lo tenemos. Ay, Antequera de mi alma, al fin me recibirás en tu seno!